

## LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

## I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas  
Corrientes, que á los turbios vendabales  
Del equinoccio hervian espumosas,  
Sus fértiles riberas deleitosas  
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina  
De nieves en la cima gigantea  
Del Carmelo, y la escarcha matutina  
Cubria con su antorcha cristalina  
La llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron  
De Salen el camino trabajoso:  
Y huyendo del invierno riguroso,  
Atravesar los valles resolvieron  
Sendero largo mas, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras  
Y los desnudos montes de Samaria,  
Cuya tierra, fecunda en quebraduras,  
Torrentes espumosos y en oscuras  
Cuevas, jamas fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo  
Por la dulce pendiente embalsamada,  
Entraron de Saron en la llanura,  
Que es el mas fértil y salubre suelo  
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas,  
Aromáticos cedros y palmeras  
Cimbradoras, y espesos abedules,  
Tilos de flores cárdenas y azules,  
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura  
El plátano, delicia de los valles,  
Y el viejo olivo de inmortal verdura,  
Sombra á las cepas da, jugo y frescura,  
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,  
Terebintos, abetos y granados,  
Brotan allí jaspeadas clavellinas,  
Renúnculos y rosas purpurinas,  
Cárdenos lirios y alhelis violados.

Tal era la region, y es todavía,  
Por donde lentamente caminaban  
Los venturosos padres de MARIA:  
Y por gozar sus auras y alegría,  
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia  
Para con Dios, sus pechos paternales,

En el tiempo al pensar de aquella ausencia,  
Sentian asaltar ansias mortales,  
Su vejez preveyendo y su indignancia.

Así un dia tras otro su camino  
A la santa ciudad siguiendo fueron,  
Y desde un cerro á la ciudad vecino,  
Al resplandor del astro matutino,  
Un dia de Salen las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas  
Del sol del medio dia, por la puerta  
Entraron de Efrain, y por sinuosas  
Y angostas callejuelas tenebrosas,  
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Jeaquín bien avanzada,  
Largo el viaje, el camino fatigoso,  
De la familia de Ana y su linage,  
Mansion, de gente mísera posada,  
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje,  
Buscó Joaquin los cándidos presentes  
Del religioso y sólito homenaje,  
De la familia de Ana y su linage,  
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla,  
Que debia servir de ofrenda pura,  
Y de harina un gomor, cuya blancura  
Escedia á la nieve que al sol brilla  
Del empinado Líbano en la altura,

Subió la numerosa comitiva  
Con espléndidos trages adornada,  
Del Dios Omnipotente á la morada,  
Y á su frente marchaba con fé viva,  
Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero  
Llegaron, que jamas traslimitaba  
Bajo pena de muerte el estranjero,  
Ante el dorado pórtico severo,  
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales  
Eran, los sapientísimos doctores  
De la ley, fariseos fingidores,  
Levitas, magistrados, generales,  
Y matronas ilustres y señores;

Pues quiso Jehová que la dichosa  
Virgen, que por recónditos caminos  
Venía destinada á ser su esposa,  
Llegase á su morada suntuosa,  
Con pompa conveniente á sus destinos.

## II.

Detuvo el paso lento  
La fausta comitiva,

Tocando el pavimento  
Del encumbrado *chel* (1),  
Y la profana gente  
La faz humilló altiva,  
Ante la faz ardiente  
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta  
Giró sobre sus gonces:  
Entró Miriam incierta  
Del sacerdote en pos,  
Y pudo el pueblo entonces  
Mirar por un instante,  
El fondo centelleante  
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas  
Con oriental riqueza;  
Sus piedras afirmadas  
Con llantas de metal;  
Sus sólidos pilares  
Do apoyan en su alteza  
Los techos tutelares  
Del santuario real.

El pórtico sagrado  
Pasó Miriam: su planta,  
En la comarca santa  
Siguieron nada mas  
Sus padres y parientes,  
Y víctima mas pura  
En su real clausura  
No penetró jamas.

En el umbral postrero  
De un patio, donde crecen  
El verde limonero  
De amarillenta flor,  
El tamarindo umbroso  
Y el lauro, que estremece  
Con ruido sonoro  
De perennal verdor,

Los viejos sacerdotes  
Y los levitas graves,  
De cánticos suaves  
Y del salterio al son,  
A recibir salieron  
A la sin par MARIA,  
Que á Jehová ofrecia  
Su casto corazon.

Fué el blanco corderillo  
Sacrificado: el fuego  
De sus entrañas luego  
La carne consumió:  
Se hicieron libaciones  
De aceite, sangre y vino,  
Ante el altar divino  
Do el holocausto ardió.

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

El platos de oro puestos,  
Los destrozados restos  
De la inmollada víctima  
Se hicieron repartir,  
Segun de aquellas gentes  
Costumbre, á los parientes  
De Ana, que sus lágrimas  
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA  
Sobre la real cabeza,  
Un velo, de pureza  
Virgínea señal;  
Como la nieve blanco,  
Mas de menor blancura  
Que la inocencia pura  
De su alma virginal.

Y el viejo Zacarias  
Que, sacerdote sumo,  
Entre una nube de humo  
Sagrado apareció,  
Desde el umbral, propicio  
La víctima aceptando,  
De Dios para el servicio  
La Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos  
Los maternales lazos,  
Tomando entre sus brazos  
A la hija de su amor,  
Condujo á sus piés Ana  
A su gentil MARIA,  
Tan llena de alegría  
Como ella de dolor.

"Señor, dijo la madre,  
A Dios traigo en ofrenda  
De bendicion, la prenda  
Que dió á mi ancianidad.  
A Dios la consagramos,  
Y Dios nos la reclama:  
Nosotros acatamos  
Su santa voluntad."

El sacerdote alzando  
A la postrada anciana,  
Le dijo: "Vuelve, Ana,  
A tu tranquilo hogar.  
Al que de Dios gnarece  
La proteccion suprema,  
Bajo su amparo crece  
Seguro ante el altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,  
Y hasta su puerta amiga,  
De Jehová te siga  
La bendicion en pos.  
No pierdas tus vigiliás  
En maternales quejas,  
Porque á tu hija dejas  
Encomendada á Dios."

Diciendo así el pontífice,  
Con brazos cariñosos  
Bendijo á los esposos  
Y al pueblo despidió.  
Y del sagrado templo  
Tras de las puertas de oro,  
MARIA con el coro  
De vírgenes quedó.

## LIBRO TERCERO.

## MARIA EN EL TEMPLO.

## I.

Castísima paloma,  
Cuyo sereno vuelo  
En la region del cielo  
A remontarse va:  
Vapor de suave aroma  
Que en odorante nube  
Hasta el alcázar sube  
Mansion de Jehová:

Flor del Eden preciosa,  
Cuyo capullo abierto  
Derrama en el desierto  
Su celestial olor;  
Tu esencia misteriosa  
Permaneció ignorada  
En la infeliz morada  
Del siervo del error.

El hombre es un gusano:  
Sus ojos son de tierra,  
Y en ellos luz no encierra  
Para mirarte á tí.  
Nublado el ojo humano  
Por míseros antojos,  
Brillar no ve en tus ojos  
La luz de Adonáf.

Reina del sol, que germen  
Y luz da á la campiña,  
Terreno sér y niña  
Te cree Jerusalem:  
Sus razas que en tinieblas  
De vanidad se aduermen,  
Del vicio entre las nieblas  
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,  
Al templo te acogiste:  
Tú, que elegida fuiste  
Por templo de Emanuel.  
Morar en su santuario  
Tu magestad queria,  
Cuando morar debía  
En tus entrañas El.

De su santuario dentro,  
Bajo sus techos de oro,  
Tu sér como el tesoro  
De mas valor guardó:  
Y el silencioso centro  
De su mansion sagrada,  
Sondar la vista osada  
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia  
Las horas en el templo?  
Tú, de virtud ejemplo  
Y virginal unción,  
Creciste cual las flores  
Que doblan su fragancia  
Y avivan sus colores  
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias  
Del Hacedor del dia,  
Rosal de Alejandría,  
Ciprés de Jericó,  
Las místicas memorias  
De tu niñez dichosa,  
De sombra misteriosa  
El cielo circundó.

Oculto, guarecida  
Bajo el sagrado velo,  
Esencia contenida  
En hidria de cristal,  
Joya de Rey guardada  
Con precavido anhelo,  
Semilla conservada  
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios  
Del dueño de la vida,  
A tu Señor unida  
Con misteriosa union:  
Y en tí su Ser moraba,  
Y el tuyo á El. Llegaba  
Salvando los espacios  
Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida  
En su saber profundo,  
Para traer al mundo  
La fé y la salvacion,  
Sus juicios ignorabas,  
Mas por la fé impelida,  
A Dios le consagrabas  
Tu limpio corazon.

Tú, Reina de los seres  
Que el paraíso moran,  
Tú, cuya huella adoran  
Los justos de Sion,  
Al polvo descendiste  
Del sér de las mugeres,  
Y entre ellas te impusiste  
Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)  
Del templo habitadoras,  
Pasaste largas horas  
Callando tu alto sér.  
En adornar las palmas  
Y entreteger las flores  
Del templo, y en labores  
Humildes de muger.

Tus dedos transparentes  
Hilaron diligentes  
Los linos de Pelusa,  
Las sedas del Cedar:  
Tu mano soberana  
Tejió la blanca lana  
Que el sacerdote usa  
Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,  
Al místico servicio  
De Dios siempre dispuesta  
Velabas sin cesar:  
Y un dia y otro dia,  
Del cruento sacrificio  
En la solemne fiesta  
Se oia tu cantar.

Leal, caritativa,  
Sincera y obediente,  
Con todos indulgente  
Y en todo sin igual,  
Imágen eras viva  
De la virtud suprema,  
Que da inmortal diadema  
Al alma del mortal.

Así creciste, pura  
Emanacion del cielo,  
Embalsamando el suelo  
Y el templo de Israel.  
Tú, escelsa criatura,  
Muger divina y santa,  
A cuya régia planta  
La luna da escabel.

Así pasando fueron  
De tu niñez los dias,  
En tanto que adquirias  
Las fuerzas y la edad,  
Para que en tí cumplida  
La ley que te impusieron  
De dar al mundo vida,  
Viera la humanidad.

Pasaron así bellos  
Los dias de tu infancia,  
En tu apartada estancia  
Del templo de Salen;  
Llegando detrás de ellos  
Los dias de amargura  
Que á nuestra raza impura  
Franquearon el Eden.

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

¡Ay! cuando á luz naciste  
Para salvar la tierra,  
Al mal te sometiste  
De su fatal mansion:  
Y del dolor que encierra  
La bárbara agonía,  
Pronto, ¡ay de tí! debía  
Herir tu corazon.

En vano consagrabas  
La voz de tu pureza  
Al Dios de quien enviabas  
Tu corazon en pos:  
Su rayo se encendia  
Sobre tu real cabeza,  
Y que acatar habia  
La voluntad de Dios.

## II.

Acercábanse ya los misteriosos  
Dias de llanto, en cuyas lentas horas  
Se debían llenar los tenebrosos  
Designios del Señor. El solamente  
Penetraba el hondísimo misterio  
De nuestra Redencion: su sábia mente  
Percibía no mas la luz futura  
Que, para bien de la terrena gente,  
Iba á alumbrar la lobreguez impura  
De su mansion: su poderosa mano,  
Preparaba á los tiempos el camino:  
Y momento á momento, grano á grano,  
Iba en la eternidad inmensurable  
Arrojando implacable  
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo,  
Aguardando el instante pavoroso  
En que del gran misterio tenebroso  
La justicia de Dios rasgara el velo.  
Y temblaban las almas  
De Abraham en el limbo detenidas,  
Ansiando, de él para salir, las palmas  
Por el cielo á los justos prometidas:  
Y temblaba el monarca del infierno  
Esperando en sus lóbregas moradas,  
El punto en que sus puertas quebrantadas  
Iba á pasar el Hijo del Eterno.

El universo entero todavía  
Su porvenir recóndito ignoraba,  
Y ya el ángel precito adivinaba  
Los destinos futuros de MARIA.  
La voluntad de Dios no le dejaba  
Llegar de la dichosa nazarena  
Al alma virginal, que vió en el mundo  
Entrar de culpa original ajena:  
Y en su saber y en su furor profundo  
Sentía el pié de la que así nacía  
Hollar triunfante su cerviz impía.  
Ella empero ignorante

Del porvenir augusto, orando á solas  
 Consigo misma, y del Señor delante,  
 Del mar del porvenir no percibía  
 Crecer y embravecerse á cada instante  
 El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos  
 Que ligaban su espíritu á la tierra,  
 Antes que el germen que su sangre encierra  
 Fecundara el aliento omnipotente,  
 Y recibieran sus maternos brazos  
 Al Rey eterno de la humana gente.  
 Era preciso que la flor de mayo  
 Sobre su tallo se apoyara sola,  
 Para que el fuego asolador del rayo  
 Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,  
 Bella sin par entre las mas hermosas,  
 Que por las sendas de la tierra oscuras,  
 Obediente á las leyes misteriosas  
 De Jehová, tus huellas  
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,  
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,  
 De hoy mas tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras  
 De tu alta gracia el talisman ejerza  
 En pro de nuestras almas pecadoras,  
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza  
 Que huérfana te veas, que devores  
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes  
 Para ser el consuelo de los tristes,  
 Fuerza será que con los tristes llores.  
 Fuerza es, ¡oh Madre del amor divino!  
 La hiel que apures del pesar humano:  
 Es fuerza que al dolor de tu destino  
 No se iguale jamas dolor humano,  
 Para que al darte de su Madre el nombre  
 En su afliccion, tu nombre soberano,  
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,  
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales  
 Se corone tu cándida cabeza,  
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales:  
 Apresta, pues, tu alma á la fiera  
 De tus hondos destinos celestiales.  
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,  
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,  
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquin, la vista fija  
 En su hermosa Miriam, su domicilio  
 Mudó á Jerusalén, y al pié del templo  
 Para vivir mas cerca de su hija,  
 Compró, de sus parientes con auxilio,  
 Una pobre mansion, donde él y Ana  
 Eran de amor y de virtud ejemplo,  
 Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oía  
 El rumor de los olmos y las cañas  
 De Nazaret, cuando al morir de un dia  
 De otoño el tibio sol, sintió que hería  
 La mano de la muerte sus entrañas.  
 Su último aliento recogió en el pecho  
 Por alargar un poco la existencia,  
 Su alma con religiosa diligencia  
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.  
 Su postrimer deseo procurando  
 Ana cumplir, al templo fué llorando  
 Al sumo sacerdote Zacarías  
 A avisar que llegaba  
 Su esposo al fin de sus cansados dias.  
 Acudió presuroso  
 El sacerdote austero  
 A la mansion del moribundo esposo,  
 Mas no llegó el primero:  
 Ya su faz con sus lágrimas regaba  
 MARIA, que con paso mas ligero  
 De llegar acababa,  
 Y que á las manos de su padre asida  
 Tal vez con sus suspiros intentaba  
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,  
 El espirante padre al sacerdote  
 Encomendó cuanto en el triste mundo  
 Dejaba: la hija que á sus piés gemía  
 Y la muger con quien partido habia  
 En la prosperidad y en la indigencia  
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin, iluminados  
 Por el Señor en su postrer instante,  
 El glorioso esplendor, el sol brillante  
 Percibió de los dias reservados  
 A aquella hija divina que le llora,  
 Y una sonrisa iluminó el semblante  
 Del noble viejo, luz consoladora  
 Que le mostró su eternidad radiante:  
 Y sus manos poniendo en la cabeza  
 De aquella hija del mundo salvadora,  
 Espiró sin congoja ni agonía,  
 Del alma pura la mortal corteza  
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra  
 La noble virgen y la madre anciana,  
 Y sobre el mármol que á su bien encierra  
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.  
 Cuando de llanto el natural tributo  
 Pagó al amor su corazon doliente,  
 Del mármol se alejaron tristemente  
 Para esconder su soledad y luto  
 La hija del templo bajo el áureo techo,  
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues . . . es una tarde  
 Apacible y serena:  
 El sol, de luz en el postrer alarde  
 De rojo sesplendor el aire llena,  
 Y su esplendente claridad tendiendo

Por la estension del cárdeno horizonte  
 Como un manto de púrpura, derrama  
 Desde la cima del escelso monte  
 Su temblorosa llama,  
 Que como vasto incendio reverbera,  
 Con su postrer fulgor enrojeciendo  
 Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El dia de la fiesta de las flores  
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha  
 El suave són del cántico sonoro  
 Del templo y por los aires se levanta  
 El humo azul del incensario de oro,  
 Que con el aura al elevarse lucha  
 Fugaz lamiendo la techumbre santa.  
 MARIA de las almas entre el coro,  
 Acompañada del salterio canta  
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,  
 En cuanto abarca su ámbito invisible  
 Desde el zenit al bátrato profundo,  
 Mudo y atento para oír se inclina  
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido  
 Derramado se espesce por el viento,  
 Y embelesa el oido  
 De todo sér, y ahoga todo ruido  
 Que existe en aire, tierra y firmamento;  
 Y á los acentos de su voz suaves  
 Las rumorosas auras se adormecen,  
 Las sonoras corrientes enmudecen,  
 El eco olvidan de su voz las aves,  
 Y en su lecho de arena movediza  
 Lentas las olas de la mar se mecen,  
 Y el agua amarga que su són hechiza  
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina  
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes  
 Ningun encanto á su favor inclina  
 Como el poder de los humanos reyes,  
 Las fuentes del dolor abre entretanto  
 En la alma de Miriam, y en sus enojos  
 Aguarda el fin de su armonioso canto  
 Segunda vez, para anegar en llanto  
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguía  
 Una muger cubierta con un velo,  
 La ceremonia al concluir el dia  
 La instó á seguirle con doliente anhelo.  
 Obedeció la cándida doncella  
 Y del materno hogar á la morada  
 De ambos detrás encaminó la huella.  
 Al umbral de su puerta aglomerada  
 Reunion de mugeres silenciosa  
 Esperaba sin duda su llegada,  
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa,  
 "¿Qué es esto, hermanas mias?  
 Preguntólas Miriam sobresaltada,  
 ¿Por qué en el mas alegre de los dias  
 Delante de mis puertas os encuentro  
 Veladas, taciturnas y sombrías?

¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?  
 Mas las mugeres á su voz callaron  
 Y apartándose ante ella, de la puerta  
 El paso la franquearon.  
 Con angustiado afán, con planta incierta  
 En la morada penetró MARIA,  
 Y en la primera estancia que halló abierta  
 Donde una turbia lámpara lucia,  
 A su madre encontró.—No estaba muerta  
 La anciana todavía:  
 Mas con la vista próxima á apagarse  
 La buscaba afanosa,  
 Incapaz de explicarse  
 Con voz ni con acción mas cariñosa.  
 Sonreír dulcemente  
 La vió la hija infeliz al acercarse  
 Al solitario lecho,  
 Y al abrazarla con filial ternura,  
 Con el postrer aliento de su pecho  
 Un beso maternal grabó en su frente,  
 Y al querer la divina criatura  
 Volvérselo á su vez, su boca pura  
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso  
 Por el impulso repentino herida,  
 De la madre perdida  
 Cayó sobre los míseros despojos,  
 Llenos quedando en su dolor inmenso  
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando el siguiente dia,  
 La misma tumba que á Joaquin encierra,  
 De la esposa el cadáver recibia,  
 Sobre el haz de la tierra  
 Solo quedaba en orfandad MARIA:  
 Mas de Dios á los fallos resignada,  
 De religiosa abnegacion ejemplo,  
 A la merced de Dios encomendada,  
 Al amparo de Dios volviése al templo.

## III.

Serena es la noche:  
 Con luz argentina  
 La luna ilumina  
 La humana region,  
 Y el cielo, que de astros  
 Sembrado destella,  
 Desplega sobre ella  
 Su azul pabellon.

Serena es la noche.  
 Su lánguida calma  
 Infunde en el alma  
 Dulcísima paz;  
 Meciendo las hojas  
 Del árbol, suspira  
 El aura que gira  
 Sonora y fugaz

Ya duermen ahogando  
Las aves el pio:  
Cerrada al rocío  
Ya duerme la flor.  
Detras de los astros  
Que pueblan la altura,  
Radiante fulgura  
La faz del Señor.

Al fuego del faro  
Por Dios encendido,  
En sueño sumido  
Reposa Israel,  
Cual rey, que, acampado  
En tierra vencida,  
Reposa cercado  
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros  
De recia espesura,  
Callada y segura  
Se duerme Salen:  
Quebrando los tibios  
Nocturnos reflejos,  
Brillar á lo lejos  
Sus techos se ven.

Sobre una colina  
Sus torres levanta  
La fábrica santa  
Del rey Salomon,  
Del templo acotando  
Los santos confines,  
De frescos jazmines  
La amena estension.

Sus vírgenes *almas*  
Cultivan en ellos  
Los árboles bellos,  
Las plantas sin par,  
De que hacen fragantes  
Guirnaldas vistosas,  
Con que ornan piadosas  
El templo y altar.

En cámara, á cuyas  
Ventanas vecinas  
Movibles cortinas  
Los árboles dan,  
Envía á los cielos  
Con fé solitaria  
Su casta plegaria  
La triste Miriam.

Allí en su escondida  
Sombria vivienda,  
A Dios se encomienda  
Con férvida fé,  
Pidiendo una aura  
De dulce consuelo,  
Que alivio en el duelo  
De su alma la dé.

Su ser invisibles  
Arcángeles guardan:  
Querubens aguardan  
Su pura oracion,  
Y á Dios se la llevan,  
Tendiendo triunfantes  
Las alas brillantes  
A la alta region.

Segun le atraviesa,  
Perfuma el espacio:  
La gloria embelesa  
Su místico son:  
Y en forma de aroma  
Que siente y que vive,  
Aspira y recibe  
Jehová su oracion.

Mas llora al enviársela  
Miriam: que es amarga  
Su pena, y es carga  
Cruel de llevar;  
Y solo contemplan  
La tierra sus ojos,  
Cual campo de abrojos  
Que va á atravesar.

Su espíritu, ignaro  
Del sér en que existe,  
Rebelde resiste  
Tan íntimo afan:  
Y en sí el gran misterio  
Que encierra ignorando,  
Al cielo llorando  
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente  
Purísimo lloro,  
En un vaso de oro  
Recoge Gabriel.  
¡Rocío de gracia!  
¡Esencia de fuego,  
Que habrá de ser luego  
Salud de Israel!

## IV.

Y en esta misma noche  
Tristísima, fué cuando  
A solas contemplando  
Su mísera orfandad,  
Al sumo Dios hacia  
La cándida MARIA  
Un voto de perpetua  
Y fiel virginidad.

## PLEGARIA DE MARIA.

“Señor, pues que me dejas  
Sobre la tierra así,

## LIBRO CUARTO.

## MARIA ESPOSA.

## I.

Lució para Miriam la misteriosa  
Edad de los ensueños celestiales:  
La edad en que se juzga mas dichosa  
La mujer en sus sueños virginales.  
Edad lejana aún de la azarosa  
Epoca de los recios vendabales  
De la vida, en que vamos en bonanza  
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma  
La fé con aromáticos olores:  
Cielo sereno que jamas la bruma  
Empaña, ni aquilon con sus furores:  
Mar de zafir cuya argentada espuma  
No á impulso de huracanes bramadores  
Hierve, sino del aura al suave aliento  
Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada  
Estacion de los goces de la vida:  
En la cual ni esperanza hay engañada,  
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.  
Pradera de mil flores esmaltada  
Que á reposo y placer solo convida:  
Breve edad de brevisima ventura  
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,  
Floridos, inocentes quince años:  
En los que ignora el hombre los arteros  
Lazos del mundo loco y sus engaños:  
Edad en cuyos dias placenteros  
Se ven y no se creen los desengaños;  
Vestíbulo dorado de esta vida,  
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno  
De juventud y de vigor henchido,  
Sintió, aunque á instintos de impureza ageno,  
Del corazon del juvenil latido:  
Del fuego del amor le sintió lleno  
Y hácia el amor con fuerza compelido;  
Mas como era su amor hijo del cielo,  
Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura  
Amorosa á los cielos se elevaba,  
Y en piélagos de amor y de ternura  
Celestes se perdía y se estasiaba;  
Y quebrantando la prision oscura  
De la tierra, amorosa se exhalaba,  
Y del divino amor en Dios bebia  
Torrentes de balsámica ambrosía.

Desde hoy viviré en ella  
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza  
Del porvenir: jamas  
Levantará hombre alguno  
Mi velo virginal.  
Señor, yo te consagro  
Mi casta soledad,  
Señor, vuela á tí puro  
Mi espíritu inmortal.

“Señor, pues que me dejas  
Sobre la tierra así,  
Desde hoy viviré en ella  
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena  
Mi solitario hogar  
La niebla infamadora  
De la esterilidad.  
Señor, á tí tan solo  
La huérfana amará:  
¿Ni á quién sino á tí puede  
Su corazon amar?

Señor, pues que me dejas  
Sobre la tierra así,  
Desde hoy viviré en ella  
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,  
Y en él no caben ya  
Livianas sensaciones  
De afecto terrenal.  
Mi oído atento solo  
Para tu voz está:  
Mi corazon abierto  
Para tu amor no mas.

Señor, pues que me dejas  
Sobre la tierra así,  
Desde hoy viviré en ella  
Tan solo para tí.”

Así en su amargo duelo  
Decía á Dios Miriam:  
Mas ¿ante quién se tuerce  
La ley de Jehová?  
Sus santas oraciones  
Hasta su trono van;  
Pero mudar no pueden  
Su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto  
Su velo virginal  
Iba á dejar la esposa  
Colgado ante el altar.

Aquella flor divina, conservada  
Del templo en el seráfico recinto  
Y del Señor para el jardín criada,  
Huía de la tierra por instinto.  
Y entreviendo sus riesgos, espantada  
Resistía del mundo el laberinto  
Penetrar, y al Eterno consagrada  
Vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso  
Suben á Dios desde la sacra loma  
Perpetuas nubes de amoroso incienso,  
Anida aquella mística paloma.  
Allí el arrullo de su amor intenso  
Al Dios que el mar y las tormentas doma,  
Bajo forma de místicos cantares  
Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora  
Que llena el universo de alegría,  
Y cuando el tibio sol las cumbres dora  
Con el reflejo postrimer del día,  
Y á la luz de la luna inspiradora  
Siempre de celestial melancolía,  
Himno perpetuo de su amor levanta  
Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera  
Creyó pasar de su inocente vida,  
Olvidando la ley, tal vez severa,  
Mas honrada en Judá y obedecida,  
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera  
Su condicion que fuese, esclarecida  
O humilde, á sustraerse al afrentoso  
Celibato en los brazos de un esposo.

## II.

No la olvidaba en su rencor empero  
Luzbel, que odiando su inmortal pureza,  
Poner ansiaba el universo entero  
Entre el pié de Miriam y su cabeza.  
No la olvidaba, y con profunda ira  
Dejando las mazmorras del infierno,  
A la region voló donde respira  
La Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos  
Del templo en la vivienda solitaria,  
A Dios volviendo los amantes ojos  
Enviaba á Dios su virginal plegaria.  
El rey de las tinieblas sus enornes  
Alas plegó sobre erial colina,  
Entre unas ruinas lóbregas é informes  
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspícaz mirada  
Por el recinto de Salen dormida,  
Vió á Miriam por los ángeles velada,  
E ir al cielo en sus alas conducida  
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,  
En lugar de ceder con miedo santo  
Sintió crecer su despechado anhelo,  
Y dió un rujido, á cuyo son de espanto  
Estremeciósese de Salen el suelo:  
Y ansioso de venganza ó de pelea,  
Volvió á cernerse con siniestro vuelo  
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta  
En derredor de sus sagrados muros,  
Y de su forma colosal, envuelta  
En pliegues de vapor densos é impuros,  
La masa informe por el aire suelta  
Dibujó sus contornos inseguros  
En la alfombra de mieses y de viñas  
Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba  
Con ojo que penetra cuanto existe,  
Una infernal sonrisa iluminaba  
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.  
Digno tan solo de él un pensamiento  
Traidor, que fermentaba su cabeza,  
Hízole imaginar por un momento  
Que podría asaltar su osada mano  
Y manchar la castísima pureza  
De aquella blanca flor, á la que en vano  
Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido  
Entre el cielo y la tierra en absoluta  
Torva inmovilidad, embebecido  
En meditar su vengadora idea:  
Y con una señal vista tan solo  
De sus malditos súbditos y de ellos  
No mas obedecida,  
Convocó en torno de él cuantos de un polo  
Al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,  
Que sus hondos proyectos infernales  
Vienen á realizar sobre la tierra,  
Y bajo el dulce nombre de placeres  
A inocular el germen de los males  
En el vicioso corazón, que encierra  
El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna  
No iluminaba ya, y en torno suyo  
Teniendo á los espíritus, que aduna  
Su voluntad satánica y á cuyo  
Torcido instinto sus proyectos fia,  
Les dirigió la voz de esta manera,  
Mas con eco tan débil que se hundía  
Entre el rumor del aura en la pradera.

"Toda Israel conoce á la doncella  
Que entonaba en la fiesta de las flores  
Los cánticos del templo. No hay en ella  
Mas que gracia y virtud, luz y primores;  
Es fuerza empero que su imagen bella,  
Revestida de impúdicos colores,

De todos los mancebos en la mente  
Como sombra de amor se represente.

Ornáos, pues, de mirtos y de rosas,  
Tomad las formas leves y risueñas  
De aquellas creaciones licenciosas  
De Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:  
Corred sobre sus alas aromosas  
Las ciudades, los valles y las breñas,  
Y el torpe corazón de los mancebos  
Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oído  
Y se alce sin cesar en su memoria,  
De su mágico cántico el sonido  
Y de su vida la virginea historia;  
De su amor, para todos prohibido,  
Haced que aspiren todos á la gloria,  
E inflamad de Miriam por la hermosura  
Una pasión universal é impura."

Dijo: su infanda idea comprendiendo,  
Las infernales genios sus secuaces  
Se desbandaron, en silencio hendiendo  
El seno de la atmósfera fugaces;  
Y de su rey el pensamiento horrendo  
Ellos no mas de realizar capaces,  
De las moradas de Israel el fondo  
Comenzó á emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia  
A turbar las pacíficas mansiones,  
Y empezó su maléfica influencia  
A filtrarse en los torpes corazones;  
Y cuantos de Israel la efervescencia  
Del juvenil ardor de las pasiones  
Dominaba, á la Virgen recordaron  
Y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno  
Intentó su castísima belleza  
Profanar, ante un soplo del Eterno  
Se disipó: en su espléndida pureza  
Se pintó de las almas en lo interno  
De los mancebos, y en su ruin vileza  
Cuantos la imagen de Miriam soñaron  
Cual celeste vision la recordaron.

## III.

En alas, no de la pasión liviana,  
Sino de amor respetuoso y casto,  
Llegóse á demandarla por esposa  
La juventud hebrea: los ancianos  
Ministros del Señor y sus tutores,  
La demanda á Miriam participaron,  
Y la virgen que á Dios se había ofrecido,  
Escuchó sus palabras con espanto.

"Jamás, dijo, jamás con hombre alguno  
Podrán unirme conyugales lazos:  
De mi virginidad y de mi vida

Hice voto al Señor, y quebrantarlo  
No osaré." Los ancianos, á tan nueva  
Revelacion, de asombro se llenaron,  
No comprendiendo un voto que en Judea  
Era, á su parecer, voto insensato.

La ley universal de las mugeres  
Hebreas; la deshonra y el escarnio  
De la esterilidad, pues prometian  
Al pueblo de Israel santos oráculos,  
Que aquel Mesías rey, no de otra tribu  
Que de la tribu de Judá ser vástago  
Debia; el ser Miriam la mas ilustre  
Doncella de linage tan preclaro;  
Imposible en las leyes de su pueblo  
Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios  
De Dios, que siglos antes que del caos  
Brotar hiciera los diversos mundos  
Que pueblan los abismos del espacio,  
Por sus fines secretos y recónditos,  
Lo habia así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil  
Parece á Miriam un fuego escaso  
Para su ardiente corazón; mas fueron  
Sus ruegos y sus lágrimas en vano.  
Los severos tutores á sus deudos  
A reunion doméstica invitaron,  
Para elegir para Miriam esposo  
Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres  
Que de Miriam la mano pretendian,  
Muchos de ilustres nombres,  
Que de su misma raza descendian;  
Hebreos poderosos,  
Que al esplendor de su elevada cuna  
Unian orgullosos  
Los timbres de la gloria y la fortuna:  
Herederos de gefes y magnates,  
Que volvieron un tiempo, de despojos  
Cargados, con honor de los combates,  
O cubiertos los pechos  
De gloriosas heridas;  
Y que á los propios y extranjeros ojos  
Eran, por su opulencia ó por sus hechos,  
Las glorias de la patria mas queridas.  
Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,  
Poseian palacios esplendentes,  
Y campos florecientes,  
Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,  
De fértiles campiñas y viñedos,  
Y huertos y olivares,  
De ganados sin número señores;  
Y en las riberas del Jordan amenas,  
Eran dueños de mieses y colmenas,  
Y de tribus enteras de pastores;